

# I. Roque

## 1

La primavera praguense emerge con trinar de pájaros y multitud de muchachas que asoman desde los balcones del socialismo que brota con el rocío de la mañana. Sobre estas calles adoquinadas, bordeadas por casonas sobrevivientes de la guerra de los treinta años y dos hecatombes mundiales, barrocos edificios de Staré Město, finaliza mi peregrinar.

Praga es el corazón del viejo continente, cuna de Europa central, bajo el Karlova mostu y arrullado por las brisas centenarias de Kafka, Musil, Bruegel, Durero y por este sistema con rostro humano presente en plazas y alamedas donde la roja alegría de los tulipanes transmite la certeza de que el comunismo es la juventud del mundo.

Hasta aquí he llegado, navegando a contracorriente en balsa de serpientes, lejos de los sótanos inmundos de la Guardia Nacional donde me tuvo secuestrado el coronel José Alberto Medrano, el Chele, quien para mayor inri es mi tío materno, y de las sórdidas bartolinas del Castillo del Príncipe en el edificio gris de la Policía Nacional de San Salvador, donde me escondieron los torturadores cuando llegó el juez de lo Civil con una petición de hábeas corpus interpuesta por Aída Cañas, mi mujer. Escondieron mis huellas en esa madriguera infernal escapada de *La divina comedia* y me encerraron a cal y canto en la celda clandestina del Príncipe Negro.

Estoy en Checoslovaquia –por el momento, a salvo de la Policía de mi país, de los maridos de mis amantes, de mis acreedores y hasta de la gloria aldeana de poeta maldito–, sorbiendo como desayuno cerveza negra en el hotel Bratislava mientras repaso los titulares de la prensa extranjera que llega puntual a la recepción; soy el delegado del Partido Comunista Salvadoreño en el consejo de redacción de la *Revista Internacional (Problemas de la Paz y del Socialismo)*, editada por los partidos comunistas de todo el mundo.

Cuesta distanciarse de aquel azul marino que se perdía en el horizonte, más allá de los cocoteros y la playa desierta donde bate la Mar del Sur, al otro lado del mundo y del sueño. A juzgar por el frío y las nubes, en Praga caerá dentro de unos minutos esa lluvia de aguanieve con la que suele despedirse la estación fría; son los estertores de un glacial invierno que en este 1966, según narró Tatiana, mi traductora rusa, la noche anterior mientras desnudaba su cuerpo de diosa eslava frente al espejo, fue especialmente crudo. Nada que ver con los vendavales del trópico, exceptuando las tormentas del alma, que son las mismas bajo cualquier clima y geografía.

Antes de Praga estuvo Cuba y su socialismo tropical como escala intermedia para terminar en los brazos de Tania; Cuba y sus mulatas en trance cantando himnos a Changó, Santa Bárbara, diosa de la virilidad sexual; a Yemayá, Virgen de Regla; y a Oshun, Virgen de la Caridad del Cobre, para la fiesta de los Babalaos entre La Habana Vieja y el Castillo del Moro, en el corazón habanero atravesado por las cuchillas de la calle San Lázaro y el Malecón, mientras un ron Matusalén me hacía poner los pies sobre la tierra esa vez que en medio del enfebrecido carnaval recibí del Chino los pasajes, horarios, escalas y hoteles a recorrer para desembarcar en Checoslovaquia. Las instrucciones del Partido, desde San Salvador, me habían trazado un nuevo destino más

compatible con mi familia, que venía ya en camino, pero más lejano que nunca de los bares y tertulias literarias del San Salvador de mis noches de farra y bohemia.

Antes había añorado esas arenas pacíficas durante tres años escabrosos conviviendo con el riesgo, haciendo turismo revolucionario de ese que se hace arriesgando el pellejo, entre un lejano y frío Moscú, México, D. F. y La Habana. Al llegar al Pulgarcito después de un millón de pensamientos, pisar las calientes areniscas fue cerrar una vieja herida, enterrar los ecos del ayer que hacen burla.

El destierro hasta Praga y este frío primaveral centroeuropo son el mosaico de un sueño ahora que Aída es un bosquejo en mi memoria y no me puedo quitar del cerebro las rosáceas piernas de Tania. He retornado al helor de Europa del Este, al otro lado de la cortina de hierro, a constatar al pie de alguna estatua de Lenin lo irreversible de nuestra lucha. El frío es mi aliado cuando el vino de Oporto me transporta a la edad de la locura y la poesía en los antros bohemios de Malá Strana, en los labios carmesí de alguna muchacha praguense conocida entre la niebla y la ausencia que hacen olvidar las consignas y el hambre de los desfavorecidos en mi lejana patria de papel. Ese país recordado con el malestar de un fin de borrachera desde algún solitario banco en las alamedas que desembocan en la Plaza de Wenceslao, desde alguna madrugada praguense sin vino, sin destino y sin sentido.

Un universo de acetato puesto por la administración del hotel transmite la “Quinta sinfonía” de Beethoven y me recuerda que aún no he escrito el poema de amor prometido a Tania, ni avanzado en mi pobre novela sobre los poetas de mi país.

Alguien que representa a un Partido Comunista del Lejano Oriente me ha preguntado si El Salvador es un riachuelo del Cabo de las Tormentas en Sudáfrica, tal como aquí se conoce al Cabo de Buena Esperanza; de repente he

concluido que también eso podríamos ser: un riachuelo africano que se tiene por país.

Desde los ventanales del hotel Bratislava soñé estar a miles de kilómetros de esta Praga primaveral, pisando la arena marina y luego ahogándome en el océano. Sobreviví mientras el olvido y la muerte tomaron cada esquina de mi vida. No sabré nunca, ni en Praga ni en mi país, si las espumosas olas a los pies de mi imaginación fueron un saludo o un rechazo de la Mar del Sur.

Es hora de que apague, con una pinta más de cerveza negra, los excesos que en mi organismo dejaron la ginebra y el sexo rubio de Tania la última noche.

## 2

En 1963 retorné a San Salvador de mi cruzada personal, los dientes quebrados y el culo quemado. Había estado en Cuba para la invasión de Playa Girón, en abril de 1961, y la crisis de los misiles, en octubre de 1962. En México, D. F., en ese mismo 1962, escapé a una persecución de la CIA, automóviles rasantes y disparos incluidos. Para colmo, del grupo de revolucionarios salvadoreños que se entrenó en la Sierra Maestra, fui escogido para recibir adiestramiento en radio-comunicaciones. “Necesitamos saber de ustedes una vez se encuentren en la boca del tigre”, me espetó a quemarropa el cabrón del Chino mientras expulsaba un penetrante aliento apestoso a tabaco fuerte y alcohol. Así era la revolución en sus primeros años y así era de campechano el enlace que el Departamento América, del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, tenía con el grupo de salvadoreños que nos entrenábamos en la isla.

Al ingresar en 1963 a El Salvador, yo era una caricatura del Roque que había salido una mañana lejana rumbo

a México por la frontera salvadoreño-guatemalteca de Las Chinamas creyéndose la gran cancana, la pura mengambrea, el rey del mundo.

Lo primero que hice en territorio salvadoreño fue escapar a una playa vacía del puerto de La Libertad que esperaba por mí. Desnudo entré a esas paredes azules de mis sueños. Por ese instante había resucitado desde el frío, por esos muros de agua salobre había bebido numerosas muertes. El Pacífico comenzó a tragarme mientras nadaba mar adentro tras la reventazón, feliz de estar de nuevo entre las olas. Cuando comencé a patallar y a ahogarme, nadé en dirección contraria a la playa. La mar se abría como una alameda plena de flores y cipreses, era un bulevar de los héroes, pero también de traidores, canallas y asesinos. En mi mente desfiló, a la velocidad de la luz, mi vida como un filme al revés... Sin embargo, no morí como aquel muchacho que se perdió en el mar, Canito, nuestro compañero del Partido, ahogado en una de las juergas que organizábamos en el puerto allá por los años cincuenta.

Sobreviví, por ironías del destino, para caer preso esa misma semana, mientras me emborrachaba con Rigoberto Lavanda en el bar El Paraíso de don Adán y la niña Eva en La Praviana. Puede ser que este lumpen hediondo me delató, pues se ausentó un buen tiempo de mi mesa, quizá para llamar a la Policía, ya que momentos más tarde fui capturado en persona nada menos que por el Niño Dios, el judicial de la policía secreta que llegó –en una operación especial al mando de otros cinco esbirros a bordo de un *jeep* con techo de lona– a capturarme y desaparecerme, en pleno día de aquel San Salvador feliz que de repente sufrió un cortocircuito y se convirtió en pesadilla.